

Lo íntegro o si no la muerte. Estudios sobre Pablo de Rokha.

Gustavo Celedón Bórquez.

Guscel77@hotmail.com
Smontaruli@lab.cricyt.edu.ar

Sec y Tunc. P. UNCuyo

Ponencia: Jornada de Intercambio argentino-chileno sobre pensamiento latinoamericano INCIHUSA - CRICYT.
Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas.

Resumen:

Marginarse por voluntad propia dice al menos lo siguiente: que simplemente no se ha optado por una integración, que no se tiene ningún interés por formar parte de lo que se presenta. Pablo de Rokha constituye un fiel paradigma de lo que digo. Si bien podemos decir que siempre fue el tercero excluido con respecto a Neruda y Huidobro, tal exclusión funciona como una confirmación de su exclusión decidida. Como si la integración no se hiciera problemas con quien le es indiferente. Sobretudo con quien lo es agudamente. En este sentido, este trabajo pretende indagar, a través de la obra de Pablo de Rokha, sobre el gesto que *encara* al espacio y las conductas propios de lo integrado. Este gesto resulta ambiguo, pues puede siempre reproducir los signos de una moral conservadora que confunde lo íntegro con el correcto-proceder que no es otra cosa que la reducción del hacer, el recogimiento de los movimientos. Pero sin duda que Pablo de Rokha es ajeno a esto último. Hay en él una idea de lo íntegro pero que no se corresponde al aura de una vieja y retorcida moral. Se trata, por el contrario, de lo íntegro como potencialidad y gozo real de la vida, esto es, como arribo a un espacio en donde las potencias de lo vivido puedan sentirse no plenas pero sí rebosantes. Desde este punto de vista, De Rokha increpa lo integrado en tanto rebajamiento, en tanto pérdida, en tanto castración. Resistencia a los ornamentados ofrecimientos de lo integrado — representados por Neruda y Huidobro—, De Rokha prefirió el margen, recorrer la bella fealdad de lo excluido, de lo marginado, de lo sucio

Palabras Claves: lo íntegro - la muerte - Pablo de Rokha

Está lloviendo, está lloviendo, está lloviendo,
¡ojalá siempre esté lloviendo, esté lloviendo siempre
y el vendaval desenfrenado que yo soy íntegro,
se asocie a la personalidad popular del huracán!

Pablo de Rokha. *Canto del Macho Anciano*.

Lo que podríamos llamar la palabra pensada, tuvo su lugar, en Chile y sobretudo durante el siglo XX, en la poesía. Al menos en su carácter más público. Al interiorizarme en la obra del poeta chileno Pablo de Rokha (1894-1968), pretendo, en un primer momento y de modo transversal, indagar sobre este asunto. Quizás —eso está por verse— para buscar sus causas, aunque lo que “oficialmente” dirige esta transversalidad es lo siguiente: tomar nota sobre la relación entre filosofía y poesía. ¿Qué puede rescatar, finalmente, la filosofía de la palabra-poética-pensada? ¿Qué puede sustraer de este acontecimiento *puntual* en donde el pensamiento se decidió, de manera incorregible, por el recurso poético?

Y de paso, siendo esto una pretensión mayor, aportar con algunos trazos que den señales acerca de los espacios propios de la filosofía y la poesía, en el momento mismo en que proyectamos líneas claras en lo que refiere a un pensamiento latinoamericano.

De todas maneras, lo anterior es, insisto —dentro del proyecto que aquí se plantea— una motivación transversal que, según dije, toma nota, como si lo que se ha de decir respecto a este asunto, apareciera como descarga o resto de una investigación propiamente dirigida, a saber, aquella que busca traducir a un núcleo teórico la obra de Pablo de Rokha.

Ahora bien, a pesar de su transversalidad, esta indagación acerca de la relación entre filosofía y poesía viene aconsejada por el pensamiento de Alain Badiou. Badiou comprende a la filosofía como un espacio vacío condicionado por la situación en la cual se ve inserto. Condicionado, es decir, no gratuito. No ajeno. Este

condicionamiento viene de parte de lo que él llama los cuatro procedimientos genéricos o procedimientos de verdad: la política, la ciencia, el amor y, lo que aquí nos importa, la poesía. Estos procedimientos producen verdades, no así la filosofía. Lo que ella hace es reunir a través de un encadenamiento racional estas verdades que la situación actual produce. Por ello que la filosofía debe de-suturarse de sus procedimientos, es decir, no confundirse con ellos. En el momento mismo en que ya con Nietzsche, ya con Heidegger, la filosofía se abandona a la poesía, pierde su condición vacía, se sutura a una de sus condiciones y pierde el tiempo creyendo traducir, en un constructo, la verdad-una-escondida que se refugia eterna por debajo de las cosas. En el caso de la poesía, lo que ella vendría haciendo —y Badiou piensa en Heidegger pensando a la vez en Hölderlin— es un esfuerzo de contemplación del Ser que se resuelve en la imagen. Ésta, la imagen, sería el *fragmento fugaz* pero eterno en su momento histórico de pronunciación, que trae al Ser en la sensibilidad de su palabra. Una metáfora es siempre, aquí, un fragmento del Ser. Ella sirve de registro: ahí pasó, precisamente, el Ser. Ahí se asentó. Y sólo una metáfora podría repetir la hazaña, pues el bloque técnico-racional se mueve en el olvido. Por ello, también, la metáfora es un fragmento de recuerdo. Y esta condición fragmentada, como imagen y recuerdo, no es sino un movimiento retroactivo que experimenta la actualidad como espera sensible del Ser.

El poema tiene la tarea de concentrar la fugacidad de una retirada, la del *dios*, la del *ser*, haciéndola vibrar en una presencia fugaz y a la vez fulminante, como si esta fugacidad, la de su paso, fuese siempre el corte pasajero y casi imposible de un recuerdo que ha, en todo caso, de forzarse y forzarse en la palabra:

“La tarea del poeta, o como dice Hölderlin, su coraje, consiste al mismo tiempo en trasladar al lenguaje el pensamiento acerca del Dios que se ha retirado y concebir el problema de su regreso como una incisión abierta en aquello de lo que el pensamiento es capaz”¹.

Ahora bien, separando o de-suturando la filosofía de la poesía, se posibilita una visión extra-poética del poema, permitiendo apreciar lo que ella, la poesía —en todo su conjunto, es decir, en lo que dice y en cómo lo dice, en su unidad significativa, significante y performativa— está produciendo en tanto verdad dentro de la situación misma en la que ella se produce. Es decir, mientras la poesía procede según la metáfora del Ser, ese proceder, conciente o inconscientemente, está erosionando su situación actual. Precisamente son las marcas de esa erosión las que la filosofía se propone extraer para reunir las en un constructo teórico que las conjunte.

Ahora, esta separación implica otras cuestiones. La principal: que la filosofía no proceda según la imagen o la metáfora. Ella es racional: sin tonos, sin ritmos, sin visiones ni contemplaciones. Y es en este punto donde quisiera concentrar la transversalidad propuesta: *habría que ver si esto es aplicable a una filosofía latinoamericana*. Si digo que en Chile, por ejemplo, el siglo XX se caracterizó por cobijar al pensamiento en la palabra poética, ¿no dirá ello, quizás, que la condición poética de una filosofía latinoamericana se extiende al punto mismo en que incluso presta sus recursos al proceder teórico? Aún cuando la hayamos de-suturado, es decir, establecido su posición recolectora y estructurante, se podría especular hasta la demostración, que su operación enlazante y racional sea, a la vez y por decir algo, rítmica. Es decir, que recurra por estrategia o astucia, a las *operaciones* poéticas.

Hasta aquí lo transversal del trabajo propuesto. Ahora lo principal: la obra de Pablo de Rokha. ¿Qué es lo que podríamos extraer, en lo que al pensamiento teórico se refiere, de su poesía?

Esta poesía es un canto furioso que proviene de la nobleza del ser humano. El joven “amigo de piedra”, como tempranamente lo llamaron, era un gran lector de Nietzsche. Y se puede apreciar, a lo largo de toda su obra, la presencia de esa idea nietzscheana inscrita en el *Origen de la Tragedia* que nos habla del grito del Uno primordial, ese grito desesperado y desenfrenado de la naturaleza que exclama su dolor original producido por el “principio de individuación”. Sin embargo, el pensamiento de Pablo de Rokha, en tanto noble, no es un pensamiento aristocrático.

¹ Badiou, Alain, *Breve tratado de Ontología transitoria*. Editorial Gedisa, Barcelona, 2002, pág. 19. En *El ser y el Acontecimiento* (Manantial, Buenos Aires, 1999), meditación 11, *La naturaleza: ¿Poema o matema?*, Badiou comienza ya distinguiendo no sólo las orientaciones, sino la esencia de la poesía y la filosofía. En el poema sí habría un pensamiento del origen como venida apareciente del *ser*, sin embargo, a pesar de Heidegger y la necesidad de suturar esa aparición original al pensamiento —el retorno presocrático del pensar—, la filosofía, como corte platónico, vendría a ser *el acontecimiento* propiamente griego en lo que a éste —al pensamiento— refiere, a saber, la Idea, esto es, “el lado *evidente* de lo que es ofrecido, la ‘superficie’, la ‘fachada’, el ofrecimiento a la mirada de lo que se expande como naturaleza. Se trata siempre de una aparición auroral del ser, pero en los límites, en el recorte, de una visibilidad *para nosotros*” (El ser y el acontecimiento, pág. 144). Para la filosofía, de esta manera, queda elaborar, en la idea, aquello que para la poesía es el deslinde original entre lo que ha aparecido y el lugar mismo en el que aparece —el deslinde entre lo óptico y lo ontológico— y que sólo puede ser experimentado en el paso fugaz y repentino de una imagen que tiene potencia fiel de recuerdo. Sin pretensiones de originalidad fidedigna, la filosofía vendría a construir, en el espacio que *a nosotros* ocupa, esta aparición original: se trata de abrirle siempre un espacio a lo que ese aparecer siempre *habría sido* en dicho espacio.

No, pues la nobleza se encuentra finalmente en el campesino chileno, en el roto, en el “borracho bestial”, en las esquinas sucias que la modernidad siempre deja a un costado en su afán de sofisticación progresivo. En este sentido, encontramos en De Rokha algo similar: el mundo, tal como está repartido, es dolor, muerte: sólo el desenfado de este dolor conecta al hombre con su integridad. Le da nobleza. Por lo mismo, la integración no es posible, pues la integridad de lo integrante no está a la altura de la nobleza del margen. Y esa condición, dijimos, prontamente se identifica, constituyendo un núcleo homogéneo, con el dolor. La proximidad de lo noble-íntegro con el espacio integrante, es decir, con el mundo, con el *stablishment*, acaba siempre en una expulsión. Diríamos que lo íntegro y la integración son incompatibles. Para el mundo, diremos, ese noble que no tiene más nobleza que la integridad de su palabra, de su compromiso y de su espíritu, resulta indiferente, anecdótico, pero nunca publicable: Pablo de Rokha publicó él mismo todos sus libros y, no ha de extrañar, pocos ejemplares fueron vendidos. Sin embargo, ese noble despreciado que no sacrifica su integridad, como si fuera una maldición, no puede ser simplemente indiferente: experimenta un dolor y alimenta un desprecio gigantesco traducido en un desenfado que ha de escupirse al mundo.

La estructura del juego es la siguiente: la única condición para integrarse al juego del mundo es la integridad. Prontamente esa integridad se revela falsa, a saber, la doble implicación entre la integración y lo íntegro no aparece por ninguna parte. Sin embargo, no hay transacción. Y en ese mismo momento, el negocio de la castración, es decir, la suplencia y la disolución de lo íntegro en los simulacros del mundo, pierde un cliente que, porfiado y rabioso, prefiere las vivencias marginales representadas por una simbología mortuoria —que, por lo demás, es experimentada en proximidad— antes que sacrificar la plenitud de un íntegro fragmentado:

“...comprendo y admiro a los líderes,
pero soy el coordinador de la angustia del universo, el suicida que apostó su destino a la baraja de la expresionalidad y lo ganó perdiendo el derecho a perderlo,
el hombre que rompe su época y arrasándola, le da categoría y régimen,
pero queda hecho pedazos y a la expectativa”².

Con De Rokha, a lo íntegro le queda esa vida intensa, sufrida, representante y traductora de la muerte. Pues no tiene representante. Como dice Derrida, no hay experiencia de la muerte. A ella, a la muerte, no se la integra. Y en tanto, al parecer, según vemos, lo íntegro, en vida y obra, es excluido pues no hay espacio para él, esa tendencia a juntarse con los recovecos de la muerte parece ser inevitable.

De ahí su *Epopéya de las Comidas y las bebidas de Chile*, en donde encontramos a una especie de héroe popular, siempre noble, “borracho bestial, lascivo iconoclasta como el cíclope de Eurípides, queriendo y muriendo de amor”, sostenido siempre en su decisión inicial de no transar, es decir, de no perder su integridad, prefiriendo siempre esa pérdida que no es sino una pérdida decidida, que se prefiere borracha pues borracha se encuentra, perdida. Tautología marginal: el perdedor, que no ha perdido precisamente por falta de estrategia, sino por su porfía íntegra, se reconoce en una pérdida fáctica: en la embriaguez real, en las comidas y las bebidas, complaciendo a la imagen oficial del perdedor, asumiendo los juicios y prejuicios de los integrados, pero siempre digno en la resaca, al punto de construir un misil poético dionisiaco, satírico y profundamente enfadado, que declara que esa pérdida es personal, decidida, nunca producida por otro, en este caso, por un otro integrado:

“Yo soy como el fracaso total del mundo, ¡Oh, Pueblos!”³

Es decir: ‘soy el espejo del mundo, el espejo de su muerte constituyente. Cargo con su vacío estructural’. Y habría que agregar: ¡a mucha honra! Si Pablo de Rokha se suicidó, no podríamos decir, con esa simpleza de los sobrevuelos hermenéuticos, que terminó por rendirse. La muerte de su musa amada, el suicidio de sus dos hijos: una pérdida que va más allá de su lucha personal con el mundo establecido, una mala pasada del destino, del mundo metafísico, su otro gran rival, sin embargo ajeno al mundo integrado; rival personal, íntimo, sólo experimentable, para él, por el noble íntegro. Asimismo, estar públicamente siempre por debajo de Neruda y Huidobro no habla de una pérdida real o calculable. Esa pérdida fue siempre *su* decisión. El costo de lo íntegro sin condescendencias que recibe siempre una porción de muerte que, sin embargo, como héroe, asume en integridad.

En otras palabras, con De Rokha se establece la siguiente ecuación: asumir la integridad es asumir que no hay espacio para ella en el mundo. Y ello acaba por significar la muerte, la muerte que De Rokha siente

“...roncando por debajo del mundo
a la manera de las culebras, a la manera de las escopetas apuntándonos a la
cabeza, a la manera
de Dios, que no existió nunca”⁴.

² Pablo de Rokha, Canto del Macho Anciano en *Epopéya de las bebidas y comidas de Chile y Canto del Macho Anciano* en [Hwww.memoriachilena.cl](http://www.memoriachilena.cl)H, Pdf, pág. 26.

³ Pablo de Rokha, *Mis grandes poemas: antología*.

Para finalizar, diremos que con Pablo de Rokha a lo íntegro no se lo quiere en el mundo. Su insistencia se traduce en una insistencia de muerte. He ahí lo poético de un destino poético: la decisión íntegra, justa, verdadera, queda atada a la fatalidad. Vivir dicha fatalidad, heroicamente, es el vivir poético que encontramos en Pablo de Rokha.

Ahora bien, de-suturar la filosofía del poema puede significar para nosotros: cortar, de una buena vez, esa relación de lo íntegro-justo-verdadero con todo fatídico destino. Esa relación no es sino un símbolo integrado, es decir, es una de las reparticiones del mundo. Es la forma en que lo íntegro ha sido integrado, a saber, como imposibilidad que se dirige derecho a la Nada, la cual todavía sigue siendo pensada en términos de muerte.

Sin embargo, Pablo de Rokha es un punto inevitable si queremos, al menos en Chile, recoger marcas históricas de pensamiento. Por un lado, intentamos precisarlo —lo que aquí se ha intentado— pero, por otro, intentamos recobrar material para una construcción actual. Y rescatamos dos cosas:

Crítica, desde el punto de vista de lo integral, de los procesos de integración.

Aportes de la poesía para un pensamiento latinoamericano. Habiendo quedado clara la necesidad de anular la conexión entre lo íntegro y el *fatum* poético, es necesario, sin embargo, apreciar qué tipos de recursos enlazantes utiliza el poema en el momento mismo en que se está comprometido con lo justo, lo íntegro. Es decir, rescatar del poema lo que él aporta a los levantamientos de las ideas que nacen de ese compromiso o, en palabras de Badiou, de esa fidelidad. Por lo pronto, hay en Pablo de Rokha esa frialdad —en él repentina o no siempre sostenida— de la palabra que da origen, posteriormente, a la antipoesía, ese texto ajeno al destino y las fatalidades nostálgicas de la poesía pero que, sin embargo y también, tiende a un nihilismo práctico que no creo nos sirva. En definitiva: se trata de rescatar lo que la imagen posibilita a la construcción de Ideas, Sus astucias.

⁴ Pablo de Rokha, *Canto del macho Anciano*, pág. 27.